

y ahora, en lo mejor, va a ir a tu tío y le vas a decir: Tío, yo no soy diablo, lo engaé. ¡Soy más otario que chillar a oscuras!...

ALEJO.—¡Es que vos sabés que ió soy tímido!

RICARDO.—¿Tímido? ¡Vos sos un caramelo de goma!

JULIO.—Pero, ¿qué se puede esperar de un individuo que hace tres meses que se va todos los días al conservatorio de Entre Ríos y Moreno, y se para en la esquina una hora, solamente para ver pasar una piba?

ALEJO.—¡Es que me gusta!

RICARDO.—¿Y por qué no te acoplás?

ALEJO.—¡Me dá vergüenza! Ío me conformo con verla, no más.

JULIO.—¿Y no sabés dónde vive?

ALEJO.—¿Y pa qué?

RICARDO.—¡Natural! ¡Para verla pasar para el conservatorio no hace falta saber la casa! (Aparece DOSITEO, por segunda derecha. Es un provinciano de unos cincuenta años, ridículo. Sale con un saco de casa.)

DOSITEO.—¡Iá estamos hechos unos pimpollos!

RICARDO.—¿Pimpollos? ¿Usted solo es un jardín botánico.

DOSITEO.—¡Bien contestao! Porteños pa ser ladinos y acaramelaos.

JULIO.—Pero, siéntese, don Dositeo... (Este lo hace con cierto trabajo en un sillón de la derecha.)

DOSITEO.—Estoy entuavía, medio entumido del fierro-carril. (Mirando a la habitación.) ¡Lindo tu potrero, chei!

ALEJO.—Regular, no más.

DOSITEO.—Vos me vas a perdonar que ió me haiga apoderao de tus priendas. ¿no?

ALEJO.—¿Por qué?

DOSITEO.—Porque ió me encontré este saco y me lo encajó no más. Me queda pintao... (Los otros tres se miran.)

ALEJO.—Hizo bien, tío...

DOSITEO.—Pa qué vamos a andar con pavadas entre nosotros, ¿no? Lo tío es mío.

RICARDO.—Y lo del dueño de la casa es de todos.

DOSITEO.—Claro que sí. Y decime, chei, Alejiyo; esta polvera que había ayí, ¿es tuya, también? (Sacándola de un bolsillo.) A mí me gustó y me la alcé no más... Se la voy a llevar de recuerdo a la mujer de tu padrino Patricio.

ALEJO.—(Mirando a los otros.) Esa polvera...

RICARDO.—Era de una dama de pronóstico reservado, ¿entiende? (Con malicia.)

DOSITEO.—¡Ajá! Y mirá; también me encontré estos guantes en un cajón de la mesa de luz... Al tanteo me pareció que le van a quedar pintaos a la hija de tu madrina Encarnación...

ALEJO.—Sí, tío...

RICARDO.—Eesos guantes también eran de otro aparato.

DOSITEO.—(Con tremendos ojos.) ¿Sí, chei?

RICARDO.—Sí, buena sangre, gran tiempo, linda como acertar fuerte a las quinielas.

DOSITEO.—Pero, ¿quién iba a creer que éste iba a salir tan despabilao? Ayá, en Catamarca, vela una mujer y rajaba como luz.

RICARDO.—¿Sí?

DOSITEO.—Sí, pó. Mi finao hermano decía siempre: Ío no sé qué tiene este Alejiyo. Es de lo más adormilao que he visto; no come por no mascar.

JULIO.—Pues, lo que es aquí, las mujeres no lo dejan tranquilo; lo tienen loco.

DOSITEO.—(Sorprendido.) ¿Cierto?

RICARDO.—¿Ahora mismo no lo nota preocupado?

DOSITEO.—Sí, pó... Parece algo tristón. (A Alejo.) ¿Qué tenís?

ALEJO.—(Sin saber qué decir.) Y... la...

RICARDO.—Una mujer que lo persigue y le ha dicho que se le iba